

DISCURSO DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO MUNDIAL DE MOVIMIENTOS POPULARES

Aula Pablo VI

Jueves 23 de octubre de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Esta es la primera vez que tengo la alegría de encontrarme con vosotros, continuando el camino iniciado por [el Papa Francisco](#), quien en estos años ha dialogado a menudo con vuestra comunidad, resaltando su importancia profética en un mundo marcado por diversos desafíos.

Una de las razones por las que elegí el nombre "León XIV" es la encíclica [Rerum Novarum](#), escrita por [León XIII](#) durante la Revolución Industrial. El título [Rerum Novarum](#) significa "cosas nuevas". Ciertamente hay "cosas nuevas" en el mundo, pero cuando decimos esto, solemos adoptar una perspectiva centrada y referimos a cosas como la inteligencia artificial o la robótica. Sin embargo, hoy me gustaría analizar estas "cosas nuevas" con ustedes, comenzando desde la periferia.

Ver "cosas nuevas" desde las afueras

Hace más de diez años, aquí en el Vaticano, [el Papa Francisco](#) les dijo que habían venido a plantar una bandera. ¿Qué decía? «Tierra, hogar y trabajo». [1] «Tierra, hogar y trabajo», como nos dijo Guadalupe hace un momento. Era algo «nuevo» para la Iglesia, ¡y algo bueno! Haciéndome eco de las súplicas de Francisco, hoy digo: la tierra, el hogar y el trabajo son derechos sagrados, por los que vale la pena luchar, y quiero que me escuchen decir: «¡Estoy dentro!», «¡Estoy con ustedes!».

¿Es la exigencia de tierras, vivienda y empleos para los excluidos una "novedad"? Desde la perspectiva de los centros de poder global, desde luego que no; quienes gozan de seguridad financiera y un hogar confortable podrían considerar estas exigencias algo anticuadas. Las verdaderas "novedades" parecen ser los vehículos autónomos, los artículos o la ropa de moda, los teléfonos móviles de alta gama, las criptomonedas, etc.

Sin embargo, desde las periferias las cosas parecen diferentes: la bandera que usted agita es tan actual que merece un capítulo entero en el pensamiento social cristiano sobre los excluidos en el mundo de hoy.

Esta es la perspectiva que deseo transmitir: las novedades vistas desde las periferias y su compromiso, que no se limita a la protesta, sino que busca soluciones. Las periferias a menudo claman justicia, y ustedes claman no por desesperación, sino por deseo: su clamor es buscar soluciones en una sociedad dominada por sistemas injustos. Y no lo hacen con microprocesadores ni biotecnología, sino desde lo más básico, con la belleza de la artesanía. Y esto es poesía: son «poetas sociales». [2]

Hoy, una vez más, llevan la bandera de la tierra, el hogar y el trabajo, caminando juntos desde un centro social —*Spin Time*— hasta el Vaticano. Este caminar juntos da testimonio de la vitalidad de los movimientos de base como constructores de solidaridad en la diversidad. La Iglesia debe estar con ustedes: una Iglesia pobre para los pobres, una Iglesia que sale al encuentro, una Iglesia que se arriesga, una Iglesia valiente, profética y alegre.

Lo que considero más importante es que su servicio esté inspirado en el amor. Conozco situaciones y experiencias similares en otros países, verdaderos espacios comunitarios llenos de fe, esperanza y, sobre todo, amor, que sigue siendo la mayor virtud de todas (cf. 1 Co 13,13). De hecho, cuando se forman cooperativas y grupos de trabajo para alimentar a los hambrientos, dar cobijo a los sin techo, asistir a los naufragos, cuidar a los niños, crear empleos, acceder a terrenos y construir viviendas, debemos recordar que no estamos promoviendo ideologías, sino viviendo verdaderamente el Evangelio.

En el corazón del Evangelio, de hecho, está el mandamiento del amor, y Jesús nos dijo que su propio rostro se esconde en los rostros y las heridas de los pobres (cf. Mt 25,34-40). Es hermoso ver que los movimientos populares, incluso antes de exigir justicia, se mueven por el deseo de amor, contra todo individualismo y prejuicio.

Como Obispo del Perú, me alegra haber experimentado una Iglesia que acompaña a las personas en sus penas, sus alegrías, sus luchas y sus esperanzas. Esto es un antídoto contra la creciente indiferencia estructural que no toma en serio la tragedia de los pueblos desposeídos, robados, saqueados y sumidos en la pobreza. A menudo nos sentimos impotentes ante todo esto, pero debemos empezar a contrarrestar esta «globalización de la impotencia» con una «cultura de la reconciliación y el compromiso». [3] Los movimientos populares llenan este vacío creado por la falta de amor con el gran milagro de la solidaridad, fundada en el cuidado del prójimo y en la reconciliación.

Como dije, el discurso habitual sobre las “cosas nuevas”, con su potencial y sus peligros, omite lo que sucede en la periferia. Desde el centro, hay poca conciencia de los problemas que afectan a los excluidos, y cuando se mencionan en los debates políticos y económicos, da la impresión de que son “un problema añadido casi por obligación o tangencialmente, o simplemente tratados como daños colaterales. De hecho, al final, a menudo quedan al final de la lista de prioridades”. [4] Por el contrario, los pobres están en el centro del Evangelio. Por lo tanto, las comunidades marginadas deben involucrarse en un compromiso colectivo y solidario para revertir la tendencia deshumanizadora de las injusticias sociales y promover el desarrollo humano integral.

De hecho, «hasta que los problemas de los pobres no se resuelvan radicalmente, rechazando la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera y abordando las causas estructurales de la desigualdad, no se encontrará solución a los problemas del mundo, o mejor dicho, a ningún problema en absoluto. La desigualdad es la raíz de los males sociales». [5]

Viejas injusticias en el nuevo mundo

Vuestro compromiso se hace aún más necesario en un mundo que, como sabemos, está cada vez más globalizado; como afirmó Benedicto XVI, «los procesos de globalización, si se comprenden y orientan correctamente, abren posibilidades sin precedentes de redistribución de la riqueza a gran escala a nivel global; pero si se orientan mal, pueden conducir a un aumento de la pobreza y de las desigualdades e incluso podrían desencadenar una crisis mundial». [6]

Esto significa que la dinámica del progreso debe gestionarse siempre mediante una ética de la responsabilidad, superando el riesgo de la idolatría del lucro y situando siempre al hombre y su desarrollo integral en el centro. Lo «humano» está en el centro de la visión de San Agustín sobre una ética de la responsabilidad. Nos enseña cómo la responsabilidad, especialmente hacia los pobres y los necesitados, surge de ser humanos con nuestros semejantes y, por lo tanto, del reconocimiento de nuestra «humanidad común». [7]

Dado que todos compartimos la misma humanidad, debemos asegurarnos de que las "cosas nuevas" se gestionen adecuadamente. Este asunto no debe quedar en manos de las élites políticas,

científicas o académicas, sino que debe preocuparnos a todos. La creatividad con la que Dios ha dotado a los seres humanos, que ha generado grandes avances en muchos ámbitos, aún no ha podido abordar eficazmente los desafíos de la pobreza y, por lo tanto, no ha logrado revertir la dramática exclusión de millones de personas que siguen marginadas. Este es un punto central en el debate sobre las "cosas nuevas".

Cuando mi predecesor [León XIII](#) escribió *la Rerum Novarum* a finales del siglo XIX, no se centró en la tecnología industrial ni en las nuevas fuentes de energía, sino en la difícil situación de los trabajadores. Aquí reside la fuerza evangélica de su mensaje: el enfoque principal se centró en la difícil situación de los pobres y oprimidos de su tiempo. Y, por primera vez y con absoluta claridad, un Papa afirmó que las luchas cotidianas por la supervivencia y la justicia social eran de fundamental importancia para la Iglesia. [León XIII](#) denunció la subyugación de la mayoría al poder «de unos pocos; de modo que un pequeño número de hombres muy ricos ha podido imponer a las enormes masas de trabajadores pobres un yugo apenas mejor que la propia esclavitud». [8] Esta era la gran desigualdad de la época.

En la Encíclica de [León XIII](#) no encontramos las palabras «desempleo» ni «exclusión», porque en aquel entonces los problemas se centraban más en la mejora de las condiciones de los trabajadores, la explotación y la urgente necesidad de una nueva armonía social y un nuevo equilibrio político, objetivos que se fueron alcanzando gradualmente gracias a numerosas leyes laborales e instituciones de seguridad social. Hoy, sin embargo, la exclusión es la nueva cara de la injusticia social. La brecha entre una «pequeña minoría» —el 1% de la población— y la gran mayoría se ha ampliado drásticamente.

Esta exclusión es una “novedad” que [el Papa Francisco](#) ha denunciado como “cultura del descarte”, afirmando con vehemencia: “Los excluidos no son ‘explotados’, sino marginados, ‘descartados’”. [9]

Cuando hablamos de exclusión, también nos enfrentamos a una paradoja. La falta de tierra, alimentos, vivienda y trabajo digno coexiste con el acceso a las nuevas tecnologías, que se extienden por doquier a través de los mercados globalizados. Los teléfonos móviles, *las redes sociales* e incluso la inteligencia artificial están al alcance de millones de personas, incluidas las más pobres. Sin embargo, aunque cada vez más personas tienen acceso a internet, las necesidades básicas siguen sin estar cubiertas. Asegurémonos de que, al tiempo que se satisfacen las necesidades más complejas, no se descuiden las fundamentales.

Esta arbitrariedad sistémica priva a las personas de lo necesario y las sumerge en lo innecesario. En resumen, la mala gestión genera y acrecienta las desigualdades bajo la apariencia de progreso. Y al no priorizar la dignidad humana, el sistema también fracasa en la impartición de justicia.

El impacto de las “noticias” en los excluidos

Hoy no describiré exhaustivamente las "innovaciones" producidas específicamente por los centros de desarrollo tecnológico, pero sabemos que impactan en todos los ámbitos principales de la vida social: salud, educación, empleo, transporte, urbanización, comunicaciones, seguridad, defensa, etc. Muchos de estos impactos son ambivalentes: son positivos para algunos países y sectores sociales, pero otros sufren "daños colaterales". Una vez más, esto es resultado de la mala gestión del progreso tecnológico.

La crisis climática es quizás el ejemplo más obvio. La vemos en cada fenómeno meteorológico extremo, ya sean inundaciones, sequías, tsunamis o terremotos: ¿quiénes sufren más? Siempre son los más pobres. Pierden lo poco que tienen cuando el agua arrasa sus hogares y a menudo se ven obligados a abandonarlos sin alternativas adecuadas para reanudar sus vidas. Lo mismo

ocurre cuando, por ejemplo, agricultores, campesinos y pueblos indígenas pierden sus tierras, su identidad cultural y la producción local sostenible debido a la desertificación de su territorio.

Otro aspecto de lo "nuevo" que afecta especialmente a los marginados se relaciona con las ansiedades y esperanzas de los más pobres en relación con los modelos de vida que se promueven constantemente en la actualidad. Por ejemplo, ¿cómo puede un joven pobre vivir con esperanza y sin ansiedad cuando las *redes* sociales constantemente ensalzan el consumo desenfrenado y un éxito económico totalmente inalcanzable?

Otro problema importante es la propagación de la ludopatía digital. Las plataformas están diseñadas para crear dependencia compulsiva y generar hábitos adictivos.

Tampoco quiero ignorar la "novedad" de la industria farmacéutica, que sin duda representa un gran avance en ciertos aspectos, pero no está exenta de ambigüedades. En la cultura actual, con el apoyo de ciertas campañas publicitarias, se promueve una especie de culto al bienestar físico, casi una idolatría del cuerpo. En esta visión, el misterio del dolor se interpreta de forma reductiva. Esto también puede conducir a la adicción a los analgésicos, cuya venta obviamente aumenta las ganancias de los propios fabricantes. Esto también ha provocado la adicción a los opioides, que está devastando especialmente a Estados Unidos; pensemos, por ejemplo, en el fentanilo, la droga de la muerte, la segunda causa principal de muerte entre los pobres de ese país. La proliferación de nuevas drogas sintéticas, cada vez más letales, no es solo un delito cometido por narcotraficantes, sino una realidad inherente a la producción y el tráfico de drogas, carente de cualquier ética global.

También quisiera destacar que el desarrollo de nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones depende de minerales que a menudo se encuentran bajo tierra en países pobres. Sin el coltán de la República Democrática del Congo, por ejemplo, muchos de los dispositivos tecnológicos que utilizamos hoy en día no existirían. Sin embargo, su extracción depende de la violencia paramilitar, el trabajo infantil y el desplazamiento de población. El litio es otro ejemplo: la competencia entre las grandes potencias y las grandes corporaciones por su extracción representa una grave amenaza para la soberanía y la estabilidad de los países pobres, hasta el punto de que algunos empresarios y políticos se jactan de promover golpes de Estado y otras formas de desestabilización política precisamente para apoderarse del «oro blanco» del litio.

Finalmente, quisiera abordar el tema de la seguridad. Los Estados tienen el derecho y el deber de proteger sus fronteras, pero esto debe equilibrarse con la obligación moral de brindar refugio. Con el abuso de migrantes vulnerables, no estamos presenciando el ejercicio legítimo de la soberanía nacional, sino más bien graves crímenes cometidos o tolerados por el Estado. Se adoptan medidas cada vez más inhumanas, incluso políticamente celebradas, para tratar a estos "indeseables" como si fueran basura y no humanos. El cristianismo, en cambio, se refiere al Dios del amor, que nos hace a todos hermanos y nos pide vivir como hermanos.

Al mismo tiempo, me anima ver cómo los movimientos de base, las organizaciones de la sociedad civil y la Iglesia abordan estas nuevas formas de deshumanización, testificando constantemente que quienes lo necesitan son nuestros vecinos, nuestros hermanos y hermanas. Esto los convierte en defensores de la humanidad, testigos de la justicia, poetas de la solidaridad.

La justa lucha de los movimientos populares

En *la Rerum Novarum*, [León XIII](#) observó que «los antiguos gremios obreros fueron abolidos en el siglo pasado, y ninguna otra organización protectora ha ocupado su lugar». ^[10] Los pobres se han vuelto más vulnerables y menos protegidos. Algo similar ocurre hoy en día, pues los sindicatos típicos del siglo XX representan ahora un porcentaje cada vez menor de trabajadores y los sistemas de seguridad social están en crisis en muchos países; por lo tanto, ni los sindicatos ni

las asociaciones de empleadores, ni los Estados ni las organizaciones internacionales parecen capaces de abordar estos problemas. Pero «un Estado sin justicia no es Estado», nos recuerda San Agustín. [11] La justicia exige que las instituciones de todo Estado estén al servicio de todas las clases sociales y de todos sus habitantes, armonizando sus diferentes necesidades e intereses.

Una vez más, nos encontramos ante un vacío ético, en el que el mal se infiltra fácilmente. Me viene a la mente una parábola: la del espíritu inmundo que es expulsado, pero al regresar encuentra su antiguo hogar limpio y ordenado, y entonces libra una batalla aún más terrible (cf. Mt 12,43-45). En un vacío ordenado, el espíritu maligno tiene libertad para operar. Las instituciones sociales del pasado no eran perfectas, pero al eliminar gran parte de ellas y adornar lo que queda con leyes ineficaces y tratados incumplidos, el sistema hace a los seres humanos más vulnerables que antes.

Por eso, los movimientos populares, junto con las personas de buena voluntad, los cristianos, los creyentes, los gobiernos, estamos llamados urgentemente a llenar ese vacío, iniciando procesos de justicia y solidaridad que se extiendan a toda la sociedad, porque, como ya he tenido ocasión de afirmar, «las ilusiones nos distraen, los preparativos nos guían. Las ilusiones buscan un resultado, los preparativos hacen posible un encuentro». [12]

En la Exhortación Apostólica *Dilexi te*, quise recordar que «diversos movimientos populares, compuestos por laicos y liderados por líderes populares, [...] a menudo han sido vistos con recelo e incluso perseguidos». [13] Sin embargo, sus luchas bajo la bandera de la tierra, la vivienda y el trabajo por un mundo mejor merecen aliento. Y así como la Iglesia acompañó la formación de sindicatos en el pasado, hoy debemos acompañar a los movimientos populares. Esto significa acompañar a la humanidad, caminando juntos en el respeto compartido por la dignidad humana y en el deseo común de justicia, amor y paz.

La Iglesia apoya sus justas luchas por la tierra, la vivienda y el trabajo. Al igual que *mi predecesor Francisco*, creo que los caminos correctos parten de abajo y de la periferia hacia el centro. Sus numerosas iniciativas creativas pueden transformarse en nuevas políticas públicas y derechos sociales. La suya es una búsqueda legítima y necesaria. Quién sabe si las semillas de amor que siembran, pequeñas como granos de mostaza (cf. Mt 13,31-32; Mc 4,30-32; Lc 13,18-19), podrán crecer hasta convertirse en un mundo más humano para todos y ayudarnos a gestionar mejor las cosas nuevas.

La Iglesia y yo deseamos acompañarlos en este camino. Seguimos elevando nuestras oraciones a Dios Todopoderoso. Con ustedes, en oración, imploramos al Padre de todas las misericordias que los proteja y los llene de su amor inagotable. Que Él, en su infinita bondad, les conceda la valentía de la profecía evangélica, la perseverancia en la lucha, la esperanza en su corazón y la creatividad poética. Los encomiendo a la guía maternal de María Santísima. Y desde lo más profundo de mi corazón los bendigo.

¡Gracias, gracias a todos! ¡Y sigan adelante con alegría y esperanza! Gracias. Entonces oremos juntos como Jesús nos ha enseñado.

[Recitación del Padrenuestro en español. Bendición.]

[1] “ *Tierra, techo, trabajo* ”, las tres “T” en español.

[2] Francisco, *Videomensaje* , 16 de octubre de 2021.

[3] *Mensaje en vídeo con motivo de la presentación en Lampedusa de la candidatura del proyecto “Gestos de hospitalidad” a la lista del Patrimonio Cultural Inmaterial de la UNESCO* , 12 de septiembre de 2025.

[4] Francisco, Carta encíclica *Laudato si'* , 49.

[5] Ídem., Exhortación. ap. *Evangelii gaudium* , 202.

[6] Benedicto XVI, Carta Encíclica. *Cáritas in veritate* , 42.

[7] Cf. Agustín, *Discurso* 259, 3.

[8] León XIII, Carta Encíclica. *Rerum novarum* , 3.

[9] Francisco, Exhortación. ap. *Evangelii gaudium* , 53.

[10] León XIII, Carta Encíclica. *Rerum novarum* , 3.

[11] Agustín, *De civitate Dei* , XIX, 21, 1.

[12] León XIV, *Audiencia general* , 6 de agosto de 2025.

[13] León XIV, Exhortación. ap. *Dilexi te* , 80.

Vaticano, Aula Pablo VI, 23 de octubre de 2025.

León XIV

Enlace directo:

(<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/it/speeches/2025/october/documents/20251023-movimenti-popolari.html>)